



SUMARIO 2009 | Nº 221-222

Presentación	7
Documentos	
• El Papa ha dicho	11
Estudios	
• Oración y catequesis en el <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> y en el <i>Directorio General para la Catequesis</i> . <i>José Manuel Estepa Llaurens</i>	39
• El mundo como lugar de revelación. Una aproximación ignaciana. <i>José García de Castro, S.I.</i>	61
• Infancia y religiosidad en España: ¿A quién catequizamos? <i>Ana Berásategui, Rosalía Mota y Fernando Vidal</i>	81
• El cuarto de hora de oración de san Enrique de Ossó <i>Laura Rius Porta, S.T.J.</i>	101
La voz de los Pastores	
• Lo principal de la catequesis es enseñar a orar el Padrenuestro <i>Antonio Cañizares Llovera</i>	117
• San Enrique de Ossó <i>Ángel Rubio Castro</i>	120
• Decálogo para orar según el <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> (CCE 2559-2709) <i>Ángel Rubio Castro</i>	123
Experiencias	
• Pedagogía de la oración con los preferidos de Jesús <i>González M.ª Carbó, Sch. P.</i>	127
• Experiencias de oración con niños pequeños <i>Jesús Sánchez Domínguez</i>	156
• El catequista y la oración <i>Mesa redonda 160</i>	
Catecumenado	
• Itinerario espiritual de un converso <i>Esturo Sotoo e Hisako Hiseki</i>	173
• El estudio en mi vida con un modo de oración <i>Inmaculada Montero Ruzafa</i>	177
Informaciones	
• Sacramento de la Confirmación y catecismo <i>Jesús es el Señor</i> en la diócesis de Alcalá	185
• Un proceso de implantación del catecismo en tres fases. Diócesis de Ciudad Real	187
• El catecismo <i>Jesús es el Señor</i> y su implantación en la archidiócesis de Madrid	189
• Implantación del catecismo <i>Jesús es el Señor</i> en la diócesis de Cartagena	191
• Implantación del catecismo <i>Jesús es el Señor</i> en las diócesis de Cataluña y las Islas Baleares	194
• Formación de catequistas en la diócesis de Valencia	200
• Preparación, encuentro, decreto, presentación y adaptación. Cinco	



pasos en la implantación del catecismo en la diócesis de Zamora	201
Libros	205
Índice 2008	213

Oración y catequesis en el Catecismo de la Iglesia Católica y en el Directorio General para la Catequesis

por José Manuel Estepa Llaurens
Arzobispo Castrense Emérito

Este es el tema que se me ha encargado desarrollar dentro de estas Jornadas Nacionales de Catequesis dedicadas precisamente a una tarea central en la actividad eclesial de la catequesis: enseñar a orar.

Podemos pensar fundadamente que a la seriedad de nuestra convivencia y a la profunda reflexión en estas Jornadas nos van a ayudar de modo muy particular los grandes orantes y servidores de la fe a cuya memoria dedica la Iglesia la liturgia de estos tres días: Timoteo y Tito, los queridos discípulos de san Pablo; san Enrique de Ossó, patrono de los catequistas españoles, y santo Tomás de Aquino, gran maestro de la fe, ya durante largos siglos, para la Iglesia universal. Confiemos en la intercesión de estos valedores que nos ayudarán sobre todo cuando nos ven tan necesitados.

Abordar este tema yo intento hacerlo bajo la protección de estos santos y grandes testigos. Y también, en parte, desde mi condición, por la que doy gracias a Dios, de haber sido colaborador inmediato de la Santa Sede en la redacción de ambos principales instrumentos oficiales para la actividad catequética: el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el *Directorio General para la Catequesis*. Haber colaborado en la redacción de ambos documentos ya es en sí mismo un don de Dios que ha marcado mi itinerario sacerdotal y episcopal, por el que siento una gran gratitud hacia la Iglesia, tanto mayor cuanto mayor es la conciencia de mis propias deficiencias.

En este año del vigésimo centenario de san Pablo, bueno es volver inicialmente nuestra mirada al gran evangelizador y maestro de comunidades cristianas, y rememorar la importancia que el Apóstol concedía a que sus discípulos fueran hombres y mujeres de oración. Ante todo, Pablo confía hondamente en la oración de las comunidades por él fundadas: «Llenaos de Espíritu, siempre con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones» (*Ef 5, 18-19*). «Enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios» (*Col 3, 16*).

Pablo mismo, por su parte, con toda simplicidad, se presenta como orante por los suyos: «no cesamos de orar y pedir por vosotros» (*Col 1, 9*); «sin cesar os recuerdo, pidiéndole siempre en mis oraciones... que pueda ir a veros» (*Rom 1, 9-10*); «no ceso de dar gracias por vosotros y de recordaros en mis oraciones» (*Ef 1, 16*); como también: «sin cesar rogamos por vosotros para que nuestro Dios os haga dignos de su vocación» (*2 Tes 1, 11*).

I. La oración en la tradición catequética de la Iglesia

Antes de pasar al análisis y reflexión sobre la cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que es la consagrada a la oración, me permito unas breves anotaciones sobre el lugar que la oración cristiana y la iniciación en la misma han ocupado en la actividad catequética durante los pasados siglos de vida de la Iglesia.

La catequesis primitiva

En aquel tiempo, la catequesis se dirigía esencialmente a la iniciación de los adultos convertidos. El esquema de los contenidos de aquella catequesis patristica se forma lentamente en función de la formación de la fe del creyente, que se desarrollaba en la instrucción del catecumenado.

Aparecen cuatro núcleos temáticos:

- a. El símbolo. *Traditio, Explanatio, Redditio*.
- b. Los sacramentos. Catequesis mistagógicas.
- c. La moral. El Decálogo y el doble Mandamiento del amor.
- d. Preparación o iniciación a la oración. *Traditio-redditio orationis Domini*.

En algunas Iglesias también se realizaba la introducción a los Salmos.

En el primer tercio del siglo V, san Agustín subraya la importancia del binomio «Símbolo de la Fe-Padrenuestro», que se conectaba con las tres virtudes teologales. El cardenal Ratzinger, en la década de 1980, cuando se debatía la cuestión de la necesidad de un Catecismo universal, subrayaba el puesto tan destacado otorgado a la oración en la catequesis patristica, de la que siempre fue uno de sus pilares.

La catequesis en la Edad Media

En los textos escritos de exposición de la fe de esta época, de los que nos ha llegado noticia, no siempre se explicita la oración, probablemente confiados su enseñanza y aprendizaje al ámbito de la familia y a la participación en las celebraciones en el templo. De todas maneras, sí existen testimonios muy valiosos, por ejemplo una predicación cuaresmal de santo Tomás de Aquino, que tuvo lugar en 1273, al final de su vida, hecha en Nápoles, en dialecto, y que sus discípulos recogieron y formularon en lengua latina. Se trata de *collationes* o conferencias sobre Credo, Padrenuestro, Avemaría y explicación de los dos mandamientos del amor y de los diez mandamientos de la ley. En algunos «*Ars praedicandi*» de aquel tiempo, los contenidos se articulan de la siguiente manera:

Quid credendum (Credo); *quid petendum* (*Paternoster*); *quid faciendum et vitandum* (Decálogo), y *quid sperandum* (gloria del Paraíso o postrimerías).

De los siglos XVI al XIX

Es el tiempo de los «Catecismos» propiamente y en sus contenidos la explicación de la oración siempre aparece, aunque no siempre dentro de una articulación idéntica. La principal referencia a tomar en cuenta por nosotros es el *Catecismo de Trento*, también llamado *Catecismo Romano* o *Catecismo de Pío V*.

Salió de la imprenta en 1566 el primer ejemplar. El contenido encierra unos cuatrocientos párrafos, articulados en cuatro partes o grandes secciones, según explica el texto en su prefacio:

«1º El Credo contiene todas las verdades de la fe que se refieren al conocimiento de Dios, a la creación y providente gobierno del mundo, a la redención y a los destinos eternos del hombre.

2º En los Sacramentos se resume toda la doctrina de la gracia y de los medios para conseguirla.

3º El Decálogo contiene las leyes, cuyo fin es la caridad (*1Tim* 1, 5).

4º La oración dominical comprende, por último, todo lo que los hombres pueden desear, esperar y pedir para utilidad del alma y del cuerpo».

Este esquema de distribución de contenidos mantuvo su influencia en los siglos siguientes, pero coexiste con otra tendencia, que de algún modo predomina, y que podríamos ver formulada en su origen en san Pedro Canisio, jesuita germánico del primer tiempo de la Compañía, en su *Catecismo* o *Summa* para adolescentes y jóvenes (1555), que se articula así:

1º De la fe y de su Símbolo.

2º De la esperanza y de la oración dominical. Avemaría.

3º De la caridad y del Decálogo. Los mandamientos de la Iglesia.

4º De los sacramentos.

5º De los oficios de la justicia cristiana: «huye del mal, o sea, el pecado; y obra el bien, o sea, lo debido a la justicia».

La ordenación que prevaleció y se fijó, constaba de cinco capítulos:

- Fe y Credo.
- Esperanza y Oración.
- Caridad y Mandamientos.
- Sacramentos.
- Justicia y santidad cristiana.

En el área española, a partir del siglo XVII, predominará ampliamente la articulación seguida por los jesuitas Gaspar Astete (1599) y Jerónimo Ripalda (1591), que ha llegado a nuestro tiempo formulada de la siguiente manera:

P. ¿Cuántas partes contiene la doctrina cristiana?

R. Cuatro principales.

P. ¿Cuáles son?

R. Los Artículos de fe y Mandamientos, Oraciones y Sacramentos.

El siglo XX

Baste anotar la articulación dada en nuestra Iglesia en la segunda mitad del siglo veinte.

«Catecismos Nacionales» de España, formulados como «catecismo único» por los obispos (de 1957 a 1962).

Tres partes:

1. Verdades que debemos creer.

2. Mandamientos que debemos cumplir. La Ley de Dios y de la Iglesia.

3. La santificación cristiana:

- La gracia.
- Las virtudes.
- Los dones del Espíritu Santo.
- La oración: Padrenuestro y Avemaría.
- Los sacramentos.

Por último, *Esta es nuestra fe* (Tercer catecismo de la comunidad cristiana; 1986):

1º parte: la Profesión de fe cristiana: el Credo.

2º parte: los Sacramentos y la Oración de la Iglesia.

3º parte: la Vida cristiana.

II. La oración en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE)

1. La Constitución Apostólica *Fidei Depositum* (11-10-92). Autoridad, naturaleza y articulación del *Catecismo*

Según la Constitución Apostólica *Fidei Depositum* (11-X-92), Juan Pablo II ordena la publicación, en virtud de su autoridad apostólica, del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que ya había aprobado el 25 de junio de 1992. La naturaleza del texto es de carácter magisterial: «es una exposición de la fe y de la doctrina católica, atestiguadas e iluminadas por las Sagradas Escrituras, la Tradición Apostólica y el Magisterio eclesial» (FD 4), que el Papa manda publicar «en virtud de la autoridad apostólica» (FD 4).

Siguiendo una estructura clásica en la historia de la actividad catequética de la Iglesia, el CCE se divide en cuatro partes. Las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); es celebrado y comunicado mediante acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es, por sí misma, oración; la confesión de fe tiene su justo lugar en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, igual que la participación en la liturgia de la Iglesia requiere la fe. Si la fe no se concreta en obras permanece muerta (cf. *St 2*, 14-26). Y no puede dar frutos de vida eterna.

«En la lectura del *Catecismo de la Iglesia Católica* se puede percibir la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio de salvación, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la Virgen María por el Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, particularmente en los sacramentos; es la fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración» (FD 3).

2. El esquema inicial del proyecto del CCE, y evolución del mismo durante la redacción

Como es sabido, la alta responsabilidad sobre la redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica* había sido confiada a una Comisión de cardenales y arzobispos; la tarea efectiva de la elaboración del texto se encomendó a un Comité de redacción de siete arzobispos y obispos, de diversas nacionalidades, al que se incorporaron algo más tarde dos sacerdotes: un dominico profesor de Teología, el P. Schönborn, como

Secretario Coordinador, al término del primer año; y otro profesor, Jean Corbon, del Líbano, al iniciarse el cuarto año de los trabajos, que duraron seis años.

Sintéticamente señaladas, las fechas de las diversas etapas para la elaboración del CCE son las siguientes:

1. Juan Pablo II constituye la Comisión de cardenales y arzobispos responsables del proyecto (10 julio 1986).
2. Primera reunión de trabajo de la Comisión y decisión de constituir el Comité de redacción (noviembre 1986).
3. Reuniones del Comité de redacción y sucesivos trabajos hasta la elaboración de un *avant-projet* y de un *projet* (años 1987 y 1988).
4. Reuniones de la Comisión y del Comité para la puesta a punto del *avant-projet* a fin de proceder a la consulta.
5. Envío del *projet-revise* a todo el episcopado (noviembre 1989) para la consulta prevista (hasta mayo 1990).
6. Examen y evaluación de las respuestas (junio a octubre 1990) por el Comité de redacción y colaboradores.
7. Preparación de un nuevo proyecto (predefinitivo) (noviembre 1990 a septiembre 1991).
8. Preparación de la redacción definitiva del texto (noviembre 1991 a febrero 1992).
9. Aprobación unánime del proyecto definitivo por la Comisión (14 febrero 1992).
10. Últimas correcciones al texto definitivo por el Comité y la Secretaría (marzo-mayo 1992) y aprobación oficial del Santo Padre (25 junio 1992).

En febrero de 1987, se debatió sobre la adopción de un esquema articulado inicial de las diversas partes que el Catecismo debería contener. Se tomaron en cuenta diversos esquemas de catecismos, particularmente del *Catecismo de Trento* y del Tercer Catecismo de la Comunidad Cristiana *Esta es nuestra fe*, de los obispos de España. Es decir, dos modos diversos de articular los contenidos: uno, cuatripartito (desde los primeros momentos el cardenal Ratzinger, presidente de la Comisión y del Comité, hizo referencia a las cuatro pilastras o pilares del Catecismo); y otro, tripartito, en torno a las verdades a creer, los sacramentos y los preceptos. La oración quedaría incluida en la 2ª parte. Este esquema tripartito, al que se atuvieron los miembros del Comité de redacción hasta muy avanzados los trabajos, no hubiera sido una novedad en la catequesis de haberse atendido a él hasta el final. La historia de la catequesis muestra cómo después de mantener un esquema de cuatro partes en el siglo XVI *Catecismo de Trento o Romano*, en los catecismos, a partir del comienzo del siglo XVII, se consolidó gradualmente una serie de textos estructurados en torno a tres núcleos: Símbolo de la fe, Mandamientos y Sacramentos. Por otra parte, esta división tripartita es la más frecuente en los más clásicos catecismos protestantes.

El esquema adoptado por el Comité de redacción en esos meses primeros de 1987 sirvió de guía para la redacción en el supuesto de que la oración con el Padrenuestro se había de incluir en la 2ª parte, dedicada a los sacramentos.

Pronto surgió la posición a favor de que los contenidos sobre la Oración fueran expuestos al final del Catecismo, como un epílogo, después de la tercera parte. Ya en las reuniones de 1988 se fue en gran parte favorable a realizar la oración como una cuarta parte del Catecismo, aunque, de hecho, fuera sensiblemente un texto más breve en comparación con las tres partes primeras.

En la cuarta reunión del Comité de redacción (mayo de 1988), se sugirió que el padre Jean Corbon redactara un proyecto de comentario al Padrenuestro «de no más de treinta páginas». En el caso de que Corbon no pudiera realizar tal comentario, se decía en el acta de la reunión, podría confiársele la tarea a otro, al sacerdote libanés, Padre Aman. En ese texto de comentario al Padrenuestro debería tener una especial importancia el aspecto del Amén final de esta oración que, al estar situado al final del Epílogo, constituiría la conclusión de todo el Catecismo.

El padre Corbon asumió decididamente, a pesar de las difíciles condiciones de vida de Beirut-Oeste y de su deficiente estado de salud, la tarea encomendada y propuso un texto al cardenal Ratzinger para la Comisión de Cardenales (que no tuvo tiempo de examinarlo en detalle en su reunión de febrero de 1989) y al Comité de redacción. De hecho, este texto se incluyó como Epílogo en el proyecto del conjunto que fue enviado al Episcopado de todo el mundo para su consulta (noviembre 1989 a mayo de 1990).

Los obispos, en una mayoría de sus respuestas, proponían que el referido Epílogo se transformara en Cuarta parte. Este parecer fue aceptado: la Oración, con la explicación del Padrenuestro, habría de ser la cuarta parte del Catecismo a ofrecer al Papa para su aprobación.

3. Contenido de las cuatro partes fundamentales del CCE

Como ya he dicho anteriormente, abandonado el proyecto inicial de articular el contenido del nuevo Catecismo en tres partes, se procedió a adoptar la división cuatripartita. El mismo Catecismo, en su n. 13, anuncia el plan a seguir y dice: «El plan de este Catecismo se inspira en la gran tradición de los catecismos, los cuales articulan la catequesis en torno a cuatro «pilares»: la profesión de la fe bautismal (el Símbolo), los sacramentos de la fe, la vida según la fe (los Mandamientos), y la oración del creyente (el Padrenuestro)».

Estos cuatro pilares de la catequesis han sido fundamentales a lo largo de los siglos como elementos de estructuración y puntos de convergencia de la enseñanza catequética, correspondiendo a cuatro dimensiones básicas de la existencia cristiana. Esta es la misma articulación cuatripartita que siguieron – como ya se ha dicho– los redactores del *Catecismo Romano o de Trento*, aunque la exposición de los contenidos en ambos Catecismos no se haya atendido a la misma proporción respecto a la extensión de sus cuatro partes.

Véase:

Catecismo Romano: Credo 22%- Sacramentos 37%- Mandamientos 21%- Oración 20%. (Tómese en cuenta la disputa sacramental con los reformadores)
Catecismo de la Iglesia Católica: Credo 39%- Sacramentos 23%- Mandamientos 27%- Oración 11%.

En ambos textos se destaca, de modo firme, el primado de la gracia.

La primacía se da a Dios y a sus obras. A estas dos partes, en cada uno de estos dos catecismos de referencia, se concede en torno al 60% del total.

No obstante, a pesar de la autoridad del *Catecismo de Trento*, su estructura (Símbolo-Sacramentos-Mandamientos-Oración) no se conservará en la catequesis católica de los siglos posteriores. Mucho más frecuente será la secuencia siguiente: Credo-Mandamientos-Sacramentos.

Esta tendencia no careció de peligros: que el Decálogo siga al Credo y preceda a los Sacramentos refleja la tendencia general del s. XVIII hacia el moralismo. Recuérdese que los denominados «Catecismos Nacionales Españoles» (elaborados en los años inmediatamente anteriores al Concilio Vaticano II) se articulan así: Lo que hay que creer; lo que hay que practicar; lo que hay que recibir (la santificación cristiana).

4. El redactor principal de la 4ª parte (Jean Corbon) y la tradición oriental

Como ya se ha indicado, al hablar de la evolución que experimentó el proyecto del *Catecismo de la Iglesia Católica* durante las diversas etapas de redacción, se deseaba que en este texto se mantuviera especial atención al pensamiento, formulaciones y tradiciones de oración de las Iglesias del Oriente cristiano. En este sentido se quiso integrar, desde el comienzo de los trabajos, en el equipo redactor a un obispo católico de Oriente.

Este deseo, por diversas circunstancias, no pudo llegar a realizarse. Se buscaba que este eclesiástico procedente de Oriente tomara a su cargo especialmente la redacción de las páginas dedicadas a la oración cristiana que, como se ha dicho, en principio se habían de incluir en la parte de los sacramentos.

Se recurrió, por fin, a Jean Corbon, europeo, pero que permanecía en el Líbano desde sus primeros años de vocación y ministerio, sacerdote profundamente enraizado en la teología y en la espiritualidad de aquellas Iglesias, y de una gran densidad espiritual personal. Corbon llevó adelante el encargo, a pesar de las adversidades que le rodeaban, y dio un espléndido testimonio de su sentido de servicio a la Iglesia universal. Lamentablemente no siempre resultó hacedero que pudiera acudir a las reuniones del equipo redactor que tuvieron lugar durante el período de su colaboración.

Pero el equipo siguió con gran estima sus redacciones. «La cuarta parte (del Catecismo, finalmente) está permeada de la tradición oriental. O, quizá fuera mejor decir que está permeada de una visión que

corresponde a la Iglesia indivisa y que, además, está expuesta según un enfoque que es característico también de las Iglesias de Oriente» (Joseph M. Soler O.S.B., «La oración cristiana en la Cuarta parte del Catecismo», en *El Catecismo posconciliar*, Ed. San Pablo; obra colectiva a cargo de Olegario González de Cardedal y Juan Antonio Martínez Camino, págs. 182 y ss). Según el citado comentarista, grandes puntos de atención que caracterizan al CCE son característicos también de la catequesis oriental (ibidem, págs. 186).

Casi ultimados los trabajos redaccionales del Catecismo, reunidos los siete Patriarcas que componen el Consejo de Patriarcas Católicos de Oriente, se expresaban así en una Carta pastoral: «El hombre de Oriente es un hombre de plegaria... se mantiene delante del Señor, entero durante los días felices y durante los dolorosos, en un diálogo continuo que glorifica a Dios, purifica el corazón y renueva la existencia. No hay duda de que la vida espiritual, litúrgica y eucarística representa una de las constantes más manifiestas de nuestro querido Oriente. El Oriente cristiano es, según una expresión de Pío XI hablando del Islam, el Oriente que ora. Es sabido que la plegaria litúrgica ha sido siempre en nuestras iglesias el cuadro viviente en el que las generaciones se han transmitido el depósito de la fe. Allí nuestras Iglesias han formado y desarrollado la fe en el corazón de los fieles.

Por otro lado, la oración según sus diversas formas, es el aspecto eminente de la presencia cristiana» (*Documentation catholique*, 2052, 1992, citado por Olegario González, obra citada supra, pág. 332).

5. La conexión de la 4ª parte del CCE con las otras partes

Durante los trabajos finales de redacción del Catecismo hubo mucho interés en mostrar que la cuarta parte, dedicada a la oración, consistía de algún modo en la meta y culmen al que se dirige el camino que constituyen las tres partes anteriores.

Recordemos dos textos, uno del Concilio Vaticano II y otro de Pablo VI, el Papa del Concilio. «Con todo, la participación en la sagrada Liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol (1 Tes 5, 17)» (*Sacrosanctum Concilium*, 12).

Pablo VI subraya cómo la obra de evangelización se inicia en un contexto de oración y de presencia y contacto con el Espíritu Santo, en la mañana de Pentecostés: «Solamente después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de evangelización» (*Evangelii Nuntiandi*, 75).

Juan Pablo II mostró sumo interés en que la entrega del *Catecismo de la Iglesia Católica* a los fieles se hiciera simbólicamente en un clima de oración, en torno a María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, el día de la Inmaculada Concepción, en Santa María la Mayor de Roma, el 4 de diciembre de 1992).

La conexión de esta 4ª parte del CCE con las restantes la expresa el propio Catecismo con las siguientes palabras: «Este es el misterio de la fe. La Iglesia lo profesa en el Símbolo de los Apóstoles (primera parte) y lo celebra en la Liturgia sacramental (segunda parte), para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre (tercera parte). Por tanto, este misterio exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viva y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración» (CCE 2558).

6. El tratamiento de la 4ª parte en dos secciones

Cada una de las cuatro partes aparece dividida en dos secciones: la primera ofrece, en cierto modo, los fundamentos del tema; en la segunda, se desarrollan ulteriormente los temas particulares. Por tanto, la división de la 4ª parte en dos secciones:

- Sección primera: «La oración en la vida cristiana» (nn. 2558-2649)
- Sección segunda: «La oración del Señor, Padrenuestro» (nn. 2650-2865), ayuda verdaderamente a pasar de una enseñanza orgánica de reflexión teórica (elaborada a lo largo de los dos mil años de vida de la Iglesia) a una obligada detención concreta y explicitadora de la oración que el propio Jesucristo, el Señor, nos ha enseñado.

7. La primera sección: la oración en la vida cristiana

7.1. Qué es la oración (nn. 2259-2565)

El padre Corbon recordaba un texto de la Antigüedad cristiana que después no fue incluido en el Catecismo: «A ver no se aprende, es un efecto de la naturaleza. Tampoco la belleza de la oración se aprende de las enseñanzas de otros. La oración contiene en sí misma a su maestro, Dios que da la oración al que ora» (S. Juan Climaco, págs. 88,1130).

A esta pregunta, con la que se abre la sección, se dan respuestas concretas: es un don de Dios; la oración es una alianza; la oración es una relación de comunión.

- La condición básica de la oración es la humildad (n. 2559).
 - La oración es un encuentro de la sed de Dios con la sed del hombre que ora (n. 2560). La maravilla de la oración se revela allí, junto al pozo al que vamos a buscar nuestra agua.
 - Don divino y respuesta sedienta del hombre. Nuestra oración de petición es paradójicamente una respuesta al don (n. 2561).
 - La oración es de todo el hombre y el corazón es su morada (nn. 2562-2563).
 - Es acción de Dios y del hombre. Relación de Alianza (n. 2564). Es comunión (n. 2565).
- Pero la respuesta sobre qué es la oración se explicita en los tres capítulos siguientes.

7.2. La Revelación de la oración. Vocación universal a la oración

El Catecismo abre el capítulo 1º de esta sección con dos párrafos sobre la vocación universal a la oración. «El hombre está a la búsqueda de Dios... conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres» (n. 2566).

«Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la actitud del hombre es siempre una respuesta...» (n. 2567).

A estos párrafos sobre la vocación de todos a la oración siguen tres artículos, en los que se andan las sendas de la Sagrada Escritura y del tiempo de la Iglesia para descubrir cómo se nos revela el misterio de la oración.

a) En el Antiguo Testamento se hace referencia a

- La Creación como fuente de oración; con personajes del Génesis 1 al 11 (n. 2569) (Abel, Noé...).
- La figura de Abraham (nn. 2570-2571), en su radical experiencia de fe y en sus formas de orar.
- La figura de Jacob (n. 2573).
- Moisés. El Catecismo se detiene en esta figura de mediación, intercesión y diálogo (nn. 2574-2577).
- David y la oración del rey; Elías y los profetas (nn. 2578-2584).
- Y finalmente, los Salmos, oración privilegiada de la asamblea cristiana. Los Salmos son la obra maestra de la oración cristiana (nn. 2585-2589).

b) En la plenitud de los tiempos (nn. 2598-2619)

Particularmente en la escuela del evangelista san Lucas, somos educados a reconocer cuándo, dónde y por qué Jesús ora. Y gracias a los cuatro Evangelios, descubrimos las dos oraciones explícitas de Jesús: la acción de gracias (*Mt* 11, 25-27); (*Lc* 10, 21-22), y la oración sacerdotal de la hora de Jesús (*Jn* 17) (nn. 2603-2604). Y la oración de las siete palabras (nn. 2605-2606).

Pero Jesús no sólo ora, también enseña a orar, tanto respecto a lo que hay que decir, con la oración del Padrenuestro, como con el modo en que hay que orar (nn. 2608-2613). Jesús señala tres características de la oración: la insistencia, la perseverancia y la humildad.

Lo más esencial en la oración cristiana es pedir «en el nombre de Jesús» (n. 2614) y hacerlo en unión con el Espíritu Santo (n. 2615). En todos los Evangelios, aparece Jesucristo como el que escucha la oración que a Él se dirige (n. 2616). Siempre, en la plenitud de los tiempos, hay que recordar la oración de la Virgen María (nn. 2617-2619).

c) La oración en el tiempo de la Iglesia (nn. 2623-2643) Las formas de oración, tal como las revela la Sagrada Escritura, siguen siendo normativas para la oración cristiana (n. 2625). Y el CCE enuncia:

- La bendición y la adoración (nn. 2626-2628).
- La oración de petición (nn. 2629-2633).
- La oración de intercesión (nn. 2634-2636).
- La oración de acción de gracias (nn. 2637-2638).

- La oración de alabanza (nn. 2639-2643).

«La fe –afirma el Catecismo– es así una pura alabanza» (n. 2642), totalmente desinteresada. Y termina este artículo diciendo que: «La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la "ofrenda pura" de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre; es, según las tradiciones de Oriente y Occidente, el sacrificio de alabanza» (n. 2643). La Eucaristía es el corazón más íntimo y más pleno de la oración cristiana.

7.3. La tradición de la oración. Fuentes, caminos y maestros (nn. 2650-2691)

Habría que anotar preliminarmente dos cosas:

- «Para orar es necesario querer orar» (n. 2650). Y es «por una transmisión viva (la Sagrada Tradición), (como) el Espíritu Santo, en la Iglesia creyente y orante, enseña a orar a los hijos de Dios» (ibídem).

- Por otra parte, «la tradición de la oración cristiana es una de las formas de crecimiento de la Tradición de la fe» (n. 2651).

a) Ante todo, el CCE se refiere a las fuentes de la oración (nn. 2652-2660).

«En la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo» (n. 2652)... «El Espíritu Santo es el agua viva que, en el corazón orante, «brota para la vida eterna» (ibídem).

Las fuentes comunes de la oración, según el Catecismo, son:

- la Palabra de Dios, de la cual aprendemos «la sublime ciencia de Jesucristo» (n. 2653);
- la Liturgia de la Iglesia, en la cual se hace presente todo el misterio de la salvación (n. 2655);
- las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad (nn. 2656-2658); el Catecismo incluye, al final del n. 2658, una bellísima oración del Cura de Ars, S. Juan María Vianney;
- finalmente, entre las fuentes de la oración, se señala «el hoy», es decir, los acontecimientos de la historia y las vicisitudes de cada día nuestro leídos en clave de providencia (nn. 2659-2660).

b) El camino de la oración (nn. 2663-2679). Este camino hay que referirlo siempre a la Tradición de la fe apostólica.

- La oración a Dios Padre no tiene otro camino que el Hijo. Tenemos que orar siempre «en nombre de Jesús» y por su mediación (n. 2664).
- La oración de la Iglesia, alimentada por la Palabra de Dios y por la celebración de la Liturgia, nos enseña a orar al Señor Jesús (n. 2665). En unos muy hermosos párrafos, el CCE nos indica cómo la oración a Jesús y al Espíritu Santo son caminos preferentes de la oración cristiana (nn. 2665-2672). Y termina este artículo 2º sobre el camino de la oración, con los textos dedicados a la Virgen María (nn. 2673-2679), en los que nos detendremos puntualmente algo más adelante en esta exposición.

Antes de concluir estas referencias al «camino de la oración», es bueno, como hace el CCE (n. 2663), señalar que «en la tradición viva de la oración, cada Iglesia propone a sus fieles, según el contexto histórico, social y cultural, el lenguaje de su oración: palabras, melodías, gestos, iconografía. Corresponde al Magisterio discernir la fidelidad de estos caminos de oración a la Tradición de la fe apostólica y compete a los pastores y catequistas explicar el sentido de ello, con relación siempre a Jesucristo» (n. 2663). No sería exagerado comentar este párrafo del CCE lamentando en este asunto y en este tiempo nuestro una cierta ausencia del ejercicio del discernimiento por parte de los obispos; y mediocridad frecuente en las actuaciones de pastores y catequistas.

c) Los maestros de la oración (nn. 2683-2691)

En primer lugar el CCE hace referencia a la pléyade de testigos: «Los testigos que nos han precedido en el Reino, especialmente los que la Iglesia reconoce como «santos», participan en la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración hoy: contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra» (n. 2683).

Seguidamente, se reconoce el papel de guías efectivos para el aprendizaje y el ejercicio de la oración que prestan los servidores de la oración (nn. 2684-2690), y se hace un breve elenco de ámbitos y personas:

- las diversas espiritualidades (n. 2684),
- la familia cristiana (n. 2685),
- los ministros ordenados (n. 2686),
- los religiosos y quienes profesan la vida consagrada (n. 2687),
- los procesos de catequesis y sus catequistas (n. 2688),
- los grupos de oración (n. 2689),

- la dirección espiritual (n. 2690).

El CCE cierra este artículo sobre los guías o maestros de oración, con una referencia a «lugares favorables para la oración» (n. 2691), donde señala al templo cristiano como el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial, y afirma que «un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración» (n. 2691). Añade la indicación sobre «el rincón de oración» en el propio hogar, y la frecuentación de monasterios y la participación en peregrinaciones.

7.4. La vida de oración. Diversas expresiones y el combate de la oración (nn. 2697-2751)

Según el propio redactor principal de estos textos que estamos comentando, «la preocupación por respetar las tradiciones particulares de las Iglesias explica la sobriedad, pero también la densidad, de este último capítulo (sobre los fundamentos de la oración cristiana). Estamos aquí en el campo de la experiencia espiritual del «hijo de Dios», en su tú a tú con su Dios. Por ello, tanto en las expresiones de la oración personal (oración vocal, meditación, oración) como en el combate de la oración (obstáculos, dificultades, disposiciones fundamentales), el Catecismo no hace suya una u otra escuela de espiritualidad, sino que prolonga la espiritualidad bíblica a la luz de la experiencia común de los que cultivan la espiritualidad de Oriente y de Occidente» (Jean Corbon, *Il Catechismo della Chiesa Cattolica*, Editrice Vaticana, obra colectiva, con artículos publicados en *L'Osservatore Romano*, pág. 77).

Se podría decir que este tercer capítulo trata de la oración desde el punto de vista metodológico. Después de un párrafo de gran aliento –«la oración es la vida del corazón nuevo...es el recuerdo de Dios, un frecuente despertar la memoria del corazón...»– (n. 2697), el texto del CCE se atempera y se concreta a las diversas expresiones mediante las que se practica la oración.

Ante todo, la **oración vocal**, que responde a exigencias de la naturaleza humana y que no sólo es exterior, sino también interior (nn. 2700-2704).

La meditación (nn. 2705-2708), entendida como una profunda búsqueda de Dios, una asimilación interior de cuanto se lee o se escucha; en su base está sobre todo la Sagrada Escritura, que constituye la lectio divina de la tradición monástica.

Y la **oración contemplativa** (nn. 2709-2719). Según santa Teresa de Jesús, «no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (n. 2709, del *Libro de la vida*, 8).

El artículo 2º de este capítulo se dedica a exponer en qué consiste «el combate de la oración» (nn. 2725-2745). La oración supone siempre un esfuerzo, una prueba; es un combate interior del cristiano, del creyente. Se exponen los obstáculos para la oración (nn. 2726-2728), y la necesidad de hacer frente a las dificultades, principalmente a la tentación de abandono y la falta de confianza filial (nn. 2729-2745).

El Catecismo concluye la primera sección de esta cuarta parte, atrayendo la atención sobre la oración de Jesús, en particular sobre «la oración de la hora de Jesús» (nn. 2746-2751), espléndidos párrafos del CCE. Es la «oración sacerdotal de Jesús», ante «su pascua, su paso» al Padre. «En esta oración, Jesús nos revela y nos da el «conocimiento» indisociable del Padre y del Hijo que es el misterio mismo de la vida de oración» (n. 2751).

8. La segunda sección: La oración del Señor: Padrenuestro

En esta sección encontramos, como conclusión de todo el Catecismo, la presentación y explicación de la oración que nos enseñó Jesús: el Padrenuestro.

El puesto distinguido que reserva el Catecismo a esta oración demuestra la importancia que la Iglesia, desde sus orígenes, concede a la oración del Señor. Jesús entregó a sus discípulos esta oración juntamente con la entrega de su Espíritu, mediante el cual podemos dirigirnos a Dios llamándolo «*Abba*, Padre» (*Gal* 4, 6) y sentirnos verdaderamente hermanos entre nosotros mientras realizamos juntos el camino.

Los principales Padres de la Iglesia y maestros espirituales, desde Tertuliano y Orígenes a Cipriano, Agustín, Ambrosio, Cirilo de Jerusalén, santo Tomás de Aquino, etc., han comentado la oración dominical. El CCE lo hace con brevedad y sencillez.

Se puede observar que el CCE comienza con la profesión de fe, el Credo, el canto de la fe del pueblo cristiano, y se cierra con la oración de Jesús, que es el canto del amor y de la esperanza, que se sella conclusivamente con el «Amén», el «sí» nuestro que se funde con el «sí» de Dios.

La sección se abre con dos párrafos (nn. 2759-2760), en los que se nos entrega el texto del «Padrenuestro», según el Evangelio de san Mateo (6,9-13), que es el texto que ha conservado la tradición litúrgica de la Iglesia, aunque el Catecismo lo hace preceder con el diálogo que aparece en san Lucas (11, 1): «Estando Él (Jesús) en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos». Jesús responde enseñándoles la oración. La oración del Señor en Lucas se hace preceder, como se ha dicho, de una catequesis sobre la oración, mientras en el Evangelio de san Mateo pone el Padrenuestro en el contexto del Sermón del Monte (*Mt* 6).

Muy pronto, la práctica litúrgica concluyó la oración del Señor con una doxología, cuya formulación actual: «Tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre», es la que se emplea para la oración ecuménica (cf. n. 2726).

Resumen de todo el Evangelio

Así titula el Catecismo el primer artículo de esta sección. Es síntesis de todo el Evangelio (n. 2761), pero es también la norma que da vida a toda forma de oración y a toda la vida cristiana. Desde siglos y siglos, la Iglesia recita el Padrenuestro en tres ocasiones del día: la celebración de la Eucaristía y en el rezo de Laudes y Vísperas. Según la «Didajé» o Doctrina de los Apóstoles, «las primeras comunidades recitan la Oración del Señor «tres veces al día», en lugar de las «dieciocho bendiciones de la piedad judía» (n. 2767).

El Catecismo nos explica que el Padrenuestro es síntesis o resumen de Evangelio, afirmando que:

- Es el centro o corazón de las Sagradas Escrituras (nn. 2762-2764).
- Es la «oración del Señor» porque es la oración al Padre tal como nos la enseñó Jesús, el Hijo (nn. 2765-2766).
- Es la oración de la Iglesia, pues ha sido recibida y vivida por la Iglesia desde los comienzos (nn. 2767-2772). En cuanto oración fundamental de los cristianos, pertenece al depósito de la fe.

«Padre nuestro que estás en el cielo» (nn. 2777-2796)

Esta invocación inicial es expresiva de la audacia filial con la que la Iglesia se dirige a Dios Padre: «nos atrevemos a decir», proclama la Liturgia eucarística romana. Es la confianza que el creyente siente al acercarse a Dios alentado por Jesús mismo, en el seno de la Iglesia (Padre nuestro).

Confianza sencilla y fiel y seguridad humilde y alegre son las disposiciones propias del que reza el «Padrenuestro», afirma el Catecismo (n. 2797).

Y nos recuerda la expresión de la «Carta a Diogneto»: «Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo» (n. 2796).

Las siete peticiones (nn. 2803-2854)

«Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el Espíritu filial hace surgir en nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones» (n. 2803).

«El primer grupo de peticiones –las tres primeras– nos lleva hacia Él, para Él: tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad» (n. 2804), ayudándonos a reconocer su presencia y su gloria; su señorío y potestad; y su designio de salvación, al cual deseamos adecuarnos (nn. 2807-2827).

El segundo grupo de peticiones se desenvuelve en el dinamismo de las plegarias eucarísticas que después ha compuesto la Iglesia. Son cuatro peticiones que nos ayudan a vivir en la historia una relación interpersonal y fraterna.

«La cuarta y la quinta petición se refieren a nuestra vida como tal, sea para alimentarla, sea para sanarla del pecado; las dos últimas se refieren a nuestro combate por la victoria de la vida, el combate mismo de la oración» (n. 2805).

De este modo, el Catecismo subraya el carácter doxológico y teológico que prevalece en las primeras peticiones, y el carácter suplicante de las cuatro peticiones de la vida presente y la victoria futura y final.

Para cada una de las siete peticiones, que la tradición litúrgica hispánica concluye o reafirma y refrenda con un solemne «Amén», el Catecismo ofrece una explicación bíblica, eclesial y espiritual, seguida de comentarios de la tradición litúrgica y patristica (cf. Jesús Castellano Cervera O.C.D., en la obra colectiva, // *Catechismo della Chiesa Cattolica. Dimensione...*, Editrice aticana, Roma, pág. 83).

La doxología y el amén finales (nn. 2855-2856)

«Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor». Con esta doxología se concluye esta cuarta parte del Catecismo dedicada a la oración y todo el Catecismo.

Y se añade: «Amén». El Catecismo Romano glosa este «Amén» ampliamente.

El CCE lo hace de forma más breve y se apoya en una enseñanza de san Cirilo de Jerusalén, en sus catequesis mistagógicas: «Después, terminada la oración, dices: Amén, refrendando por medio de este Amén, que significa "Así sea", lo que contiene la oración que Dios nos enseñó» (n. 2856). «Con el Amén final expresamos nuestro "fiat" respecto a las siete peticiones: Así sea» (n. 2865).

El Ave María

La oración angélica, el Avemaría, el CCE la explica en un lugar bastante anterior de esta misma 4ª parte, concretamente en los párrafos del n. 2673 al 2679. He preferido hacer referencia a la oración del Avemaría y al sentido mismo de la Virgen en oración (nn. 2617-2619) totalmente al final, como queriendo reforzar la doxología y el amén finales, y todas las enseñanzas del CCE sobre la oración en la vida del cristiano, pues la oración de María «coopera de manera única con el designio amoroso del Padre» (n. 2617). «María es la orante perfecta, figura de la Iglesia. Cuando le rezamos, nos adherimos con ella al designio del Padre, que envía a su Hijo para salvar a todos los hombres.

Como el discípulo amado, acogemos en nuestra intimidad a la Madre de Jesús, que se ha convertido en la Madre de todos los vivientes. Podemos orar con ella y orarle a ella. La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María. Y con ella está unida en la esperanza» (n. 2679).

Reflexión conclusiva

Los comentaristas del CCE, tan numerosos desde el momento de su publicación en 1992, son unánimes en su alabanza y estima para esta 4ª parte del Catecismo, considerándolo un texto fundamentalmente muy válido, incluso para la práctica de la relación ecuménica.

Particular interés reviste el hecho de que la elaboración y publicación del CCE por la Iglesia católica haya sido alabado como un servicio grandemente positivo al diálogo cultural y la relación con los no creyentes que experimentan una sed de clarificaciones y de escucha.

Obviamente el gran servicio de la Iglesia está destinado a los católicos que profesan la fe y quieren vivir el seguimiento de Jesús caminando con toda la Iglesia. Que el catecismo de la Iglesia contemporánea dedique una de sus cuatro partes a la enseñanza de la oración cristiana, con igual dignidad que las partes anteriores, debe suscitar en nosotros gratitud profunda y actitudes nuevas de avanzar en el auténtico sentido de la oración individual y comunitaria.

III. La oración en el *Directorio General para la Catequesis* (1997)

Un breve apunte sobre este asunto, que fue incluido en el tema que se me encomendó exponer en estas Jornadas de Catequesis.

El Directorio General de Pastoral Catequética

Aprobado y confirmado con la autoridad del papa Pablo VI en 18 demarzo de 1971, y publicado por la Congregación del Clero en 11 de abril del mismo año, se articula en seis partes.

Al tema de oración sólo se hace referencia en un párrafo (n. 25), dentro del capítulo 2º de la parte segunda, titulado: «Catequesis y vida de oración litúrgica y privada». No hace referencia alguna a qué es orar, ni a la oración del Señor o Padrenuestro. De hecho, el párrafo se reduce a afirmar que la catequesis debe educar o ayudar a una participación activa, consciente y genuina en la liturgia de la Iglesia.

La oración en el Directorio General para la Catequesis

Promulgado el 15 de agosto de 1997 y presentado en Roma el 15 de octubre de 1997 (al mismo tiempo que la *editio typica* del texto latino *del Catecismo de la Iglesia Católica*), este Directorio hace referencia a la oración, en su relación a la catequesis, en diversas ocasiones a lo largo de todas sus páginas. Limitémonos a dos citas significativas:

- La catequesis litúrgica, que debe ser considerada como una forma eminente de catequesis, «explica los contenidos de la oración, el sentido de los gestos y de los signos, educa para la participación activa, para la contemplación y el silencio» (DGC 71, 4).
- Entre las tareas fundamentales de la catequesis se encuentra la de enseñar a orar: «La comunión con Jesucristo lleva a los discípulos a asumir el carácter orante y contemplativo que tuvo el Maestro. Aprender a orar con Jesús es orar con los mismos sentimientos con que se dirigía al Padre: adoración, alabanza, acción de gracias, confianza filial, súplica, admiración por su gloria. Estos sentimientos quedan reflejados en el Padrenuestro, la oración que Jesús enseñó a sus discípulos y que es modelo de toda oración cristiana, la *entrega del Padrenuestro*, resumen de todo el Evangelio, es, por ello, verdadera expresión de la realización de esta tarea. Cuando la catequesis está penetrada por un clima de oración, el aprendizaje de la vida cristiana cobra toda su profundidad. Este clima se hace particularmente necesario cuando los catecúmenos y los catequizandos se enfrentan a los aspectos más exigentes del Evangelio y se sienten débiles, o cuando descubren –maravillados– la acción de Dios en sus vidas» (DGC 85).

Bibliografía Básica

- *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, España.
- *Directorio General para la Catequesis*, por Congregación para el Clero, Editorial Edice, Madrid.
- *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, por cardenal Joseph Ratzinger y Christoph Schönborn, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 1994.
- *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos*, obra colectiva dirigida por Olegario González de Cardedal y Juan Antonio Martínez Camino, Editorial "San Pablo", Madrid, 1993.
- *Introducción a la lectura del Catecismo de la Iglesia Católica*, obra colectiva, Editorial «Eunsa», Pamplona, 1993.
- *Commento teologico al Catechismo della Chiesa Cattolica*, obra colectiva dirigida por Rino Fisichela, Piemme, 1993.
- *Il Catechismo della Chiesa Cattolica. Dimensioni, caratteristiche, contenuti*, obra colectiva, Libreria Editrice Vaticana, 1994.
- *Catechismo della Chiesa Cattolica. Introduzione e guida*, obra colectiva dirigida por Luciano Pacomio, Piemme, 1993.
- *Guida al Catechismo della Chiesa Cattolica*, obra colectiva, Editrice Elle di Ci, Torino, 1993.
- *Il Catechismo del Vaticano II. Introduzione...*, obra colectiva, Edizioni Paoline, Torino, 1993.
- *Un dono per oggi. Il catechismo della Chiesa Cattolica...*, obra colectiva dirigida por Tommaso Stenico, Edizioni Paoline, Milano, 1992.
- *Liturgia y Oración*, por Jean Corbon, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2004.